

Al final del siglo XIX, varios elementos habrían de modificar tal situación.

En adelante, con el debilitamiento de las fuerzas revolucionarias a consecuencia de la represión versallesca, con el desarrollo de partido socialdemócrata, los problemas no se plantean ya con la misma brutalidad que en 1871.

Al mismo tiempo, la pequeña burguesía, que había participado de manera no despreciable en los movimientos revolucionarios parisienses del siglo XIX, se ve asociada al poder gracias al desarrollo del parlamentarismo.

Las fisuras llegan ahora al interior de las clases directoras, y la alternativa es menos entre revolución o mantenimiento del orden, que entre república o monarquía, laicismo o clericalismo, pacifismo o militarismo.

Paralelamente, el impulso de la enseñanza primaria y secundaria, de la prensa democrática y del movimiento obrero, modificará la situación del escritor en la sociedad y le ofrecerá nuevas posibilidades y un nuevo público. El escritor puede, a propósito de las nuevas cuestiones planteadas, elegir su campo.

En consecuencia, van a realizarse evoluciones profundas. La corriente de ideas casi unánime que era la de los escritores de nuestro periodo se reducirá hasta no estar representada más que por escritores de derecha o de extrema derecha. Escritores anticommunards, como Anatole France o Émile Zola, evolucionarán hacia la izquierda, sin que por ello rectifiquen sus posiciones con respecto a la Comuna.

Los temas elaborados por los escritores versalleses, tales como los de la familia, el trabajo, los jóvenes desarraigados, el campesino sensato y el mal obrero buscador de goces, volverán a utilizarse, sistematizados por escritores como Barrès, Bourget, Léon Daudet, Maurras, para convertirse en los temas clásicos de la literatura de derecha.

La literatura anticommunard puede ser igualmente considerada como el punto de partida de la literatura polémica de extrema derecha que, a través de los temas planteados en un nuevo orden como son el antisemitismo, el colonialismo el nacionalismo y el comunismo, volverá a utilizar los mismos procedimientos del lenguaje, las mismas imágenes, y empleará la misma virulencia verbal.

*Ricardo Pozas Horcasitas*

Miliband, Ralph. *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI editores, 1970, 272 páginas.

Miliband propone que la manera correcta de observar al Estado en la sociedad capitalista, consiste en ver la competencia de bloques de intereses sancionada y garantizada por el Estado, asegurando que ningún interés particular pesará demasiado sobre la difusión del poder y su equilibrio, en contra de las interpretaciones sobre la "teoría del Estado" que lo presentan como el lugar donde concurren las tumultuarias voces de los intereses

de la sociedad, los hombres de negocios, los consumidores, los sindicatos, los agricultores y otros muchos. Es evidente —crítica Miliband— que el término de capitalismo no corresponde a la visión moderna de la sociedad industrial, así como tampoco las características que la definían se pueden encontrar aún en estas sociedades. Por ejemplo, si consideramos la importancia que en la vida económica juega el "sector público", así como que los trabajadores han obtenido la ciudadanía industrial y política, que los conservadores han aceptado al Estado como benefactor y la izquierda democrática ha reconocido que el aumento del poder estatal traía consigo más peligros para la libertad que soluciones para los problemas económicos, veremos que éstos y otros muchos de los rasgos y los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial se han resuelto.

Es obvio que la importancia en estas sociedades de la concentración de la propiedad en pocas manos, o en una élite o élites económicas, destruye el mito de la socialización progresiva que aparentemente se viene dando. En la sociedad contemporánea se presentan dos grandes grupos polares que dan las características más generales de ésta. Por un lado aquellos que poseen y controlan la vida del sistema económico y por otro, la clase trabajadora. Esto no quiere decir, señala Miliband, que en la sociedad capitalista no existan otros grupos importantes sobre los que es necesario insistir, como serían las clases medias, los estudiantes, y los campesinos, sino que primordialmente lo que define la vida económica de las sociedades avanzadas es esta determinada relación. Otras de las características que van a permitir comparar a estas sociedades, consisten en que se han industrializado y que la mayor parte de sus medios de actividad económica están sujetos a la propiedad y el control privados.

El Estado juega en todos estos países —Inglaterra, los Estados Unidos, Francia— un papel de importancia fundamental. Otra de las características de las sociedades capitalistas es la gran concentración del poder económico privado que marca su influencia en el Estado, así como la necesidad de trasponer las barreras nacionales para superar, en el contexto interno, las contradicciones que posee el Estado-nación como unidad fundamental de la vida internacional. Esto quiere decir que estas sociedades necesitan de grandes zonas de explotación que hayan alcanzado la independencia política formal, para la preservación y la ampliación de los intereses privados. Es así como Miliband comienza aclarando aquellas interpretaciones que no daban lugar preciso al Estado capitalista y plantea lo que constituye la hipótesis central de su trabajo: la enorme importancia política que juegan los intereses económicos altamente concentrados y la influencia que tienen sobre el Estado.

La enorme concentración de la actividad económica puede hacernos pensar que el concepto utilizado para definir la clase hegemónica, sería cambiado por una pluralidad de élites económicas en competencia. Lo

primero que debemos aclarar es si existe una clase económicamente dominante que ejerce el poder decisivo en estas sociedades. La tradición sociológica venía dando paso a la interpretación que suponía el igualitarismo económico. Es evidente que esta diferencia la proporciona la tendencia a la desigualdad de propiedades: "El ejemplo más evidente de esta última forma de desigualdad lo proporciona Inglaterra, donde el 1% de la población poseía el 42% de la riqueza personal en 1960, el 5% poseía el 75% y el 10% poseía el 83%. En lo que respecta a los Estados Unidos, un estudio señala que la parte de riqueza correspondiente al 2% superior de las familias norteamericanas, en 1953, ascendía al 29% (en vez de un 33%, en 1922), y que el 1% de los adultos era dueño del 76% de las acciones de las compañías, por comparación con el 61.5% en 1922." Todas estas tendencias muestran lo que ha estado sucediendo, pero lo importante es recalcar que la adscripción a muy pocas personas o a pequeñas minorías familiares de la propiedad industrial de estos países, excluye los trabajos sociológicos que hablan de minimizar las diferencias que siguen existiendo entre las posibilidades de consumo de las clases trabajadoras y las demás clases. El obrero, por su capacidad de obtener mayor número de bienes y servicios, no abandona el lugar que en la sociedad y en el mundo ocupa en relación con el capital.

Las ganancias de los hombres de empresa capitalista se han incrementado al máximo por su obsesión clásica. Los funcionarios de la empresa continúan las mismas pautas del hombre propietario. Sus representantes, los gerentes de empresa, no llevarían a cabo ninguna acción que los enfrente con sus propietarios. Se ha dicho, dice Miliband, que existen posibilidades de que esta clase de gerentes sea distinta a sus dueños, pero esto es imposible, ya que la misma sociedad prevé el reclutamiento de los hombres de empresa a través de ciertos controles bien especificados: la educación, la formación profesional, la pertenencia y la relación a cierta clase. La inyección de sangre nueva a la pirámide social y económica no ofrece mayor amenaza; rara vez los hijos de obreros llegarán a la cumbre y si lo hacen esto podrá considerarse como conveniente pero no determinará la transformación a un sistema diferente. La sociedad capitalista contemporánea posee actualmente un grado mayor de integración, lo que nos lleva a observar cómo las élites económicas están unidas en sus intereses y objetivos; esto no impide señalar que constituyen un agrupamiento de intereses diferentes, y que el pluralismo elitario no estorba para que estén constituyendo una clase económicamente dominante y hegemónica.

El libro del profesor Miliband trata de reducir la visión marxista de la sociedad a sus consideraciones básicas. Con el propósito de retomar la perspectiva científica en los estudios sociales, están presentes en todo el trabajo lo que parecen ser las simplificaciones del marxismo: primero, Marx entendía a la sociedad

constituida por un sinnúmero de grupos; segundo, la veía como una construcción arquitectónica de estructuras, donde las características de los grupos adquieren una mayor dimensión; por último, Marx concebía la "función" en la sociedad como el continuo conflicto que la sujeta a numerosas tensiones, y que en su incapacidad por resolverlas incrementa la probabilidad de que evolucione hacia formas más o menos diferentes.

La separación que existe entre el aparato administrativo y la actividad política en la sociedad capitalista, no puede ser considerada fuera de la "política" en general, ya que si nos empeñamos por separar del sector público la actividad política de la administrativa, corremos el peligro de no observar las consecuencias políticas que tienen los administradores del Estado. Los hombres de empresa posiblemente no sean los más aptos para ejercer las funciones de la administración del aparato del Estado y viceversa. Sin embargo, puede decirse que los hombres de negocios han desempeñado un papel importante, indudablemente. Insistir en que los empresarios no desean inmiscuirse en política, parece ser la prueba más evidente de su intromisión política e ideológica en los asuntos públicos. Cabe aquí referirnos al aparato del Estado propiamente. Para tener influencia en los altos estratos, los hombres de negocios no pueden ser atendidos por la burocracia tradicional, sino que ejercen su influencia por otros conductos. La nueva burocracia-técnica que traza la gran mayoría de los "planes económicos" para su ejecución a final de cuentas pertenecen en lo fundamental al mundo de los negocios.

En la medida en que el Estado en la sociedad capitalista se interese mayormente por la vida económica, encontraremos que tiene que vérselas, casi siempre, en los asuntos en que intervienen los hombres de empresa; no sólo eso, podemos decir que cuando los funcionarios públicos piensan en términos "nacionales" es probable que los hombres de negocios lo hagan en los mismos términos, un poco para sacrificar aparentemente sus intereses y retomar otra concepción del mundo y del lugar que ocupan sus empresas. Otra de las razones para comprender el "entendimiento" que los hombres de negocios y los funcionarios públicos tienen, aunque no estén juntamente incluidos en la élite administrativa, es la procedencia de ambos de las clases medias y altas.

La teoría pluralista del Estado habla primordialmente de que la mayoría de los grupos poseen capacidad de veto o imposición en las decisiones y orientaciones políticas. Si se observa cuidadosamente, se verá qué errónea es esta afirmación. Los grupos privados de capital industrial, financiero o comercial, gozan de un poder mucho mayor, omnipotente, que cualquier otro, convirtiendo la supuesta pugna de intereses en una competencia imperfecta con respecto al resto de los grupos en la sociedad capitalista avanzada.

La prueba más feaciente de esto es que, aunque mucho se confíe de un gobierno radical que llegue al poder en una época de crisis financiera o económica, éste no podrá avanzar si no es que practica

políticas económicas aceptables para los intereses de las grandes firmas; lo mismo sucede con los trabajadores organizados, que no gozan de la influencia directa de sus organizaciones. Los grandes intereses poseen organismos internacionales que les da una ventaja mayor sobre las organizaciones locales de los asalariados; por lo tanto la capacidad de negociación sobre el Estado es inmensa: "Para los asalariados del mundo capitalista, la solidaridad internacional es parte de una sagrada retórica."

La influencia que ejercen los grupos de presión de los grandes negocios es mayor que la de los obreros. Éstos se encuentran aislados internacionalmente y a nivel nacional se les exige que actúen con la responsabilidad del "interés nacional". Los dirigentes obreros tanto de Estados Unidos como de Europa, no presentan una ideología distinta a la de sus patrones. Si se quiere precisar más la influencia de los grandes intereses se ve que éstos hacen hincapié en un gobierno no de la legislación sino de la administración.

Por todos lados las vías de legitimación de los grandes intereses se hacen oír. Primeramente, en la mayoría de los países del capitalismo avanzado, las organizaciones de la izquierda se encuentran prohibidas por la ley, sus partidos han organizado una lucha política por un largo periodo, pero se nos plantea una duda: ¿por qué los partidos anticomunistas siempre han sido tan regularmente legitimados y poseen un apoyo popular? Miliband propone que en estas sociedades han podido asegurar el predominio económico y político de los grandes intereses, lo que los hace hegemónicos no sólo por su capacidad de organización y su estancia en el poder, sino porque en gran parte el resultado ha sido adquirido mediante el esfuerzo permanente y omnipresente de toda su membresía. Han llevado a la sociedad hacia una socialización política de los valores conservadores, en donde el adoctrinamiento no viene por el control monopolista o la prohibición de la oposición, sino porque la competencia ideológica es tan desigual que se da una ventaja aplastante de un lado en contra del otro.

Como estas hipótesis se encuentran muchas más en el libro que llevan a precisar el papel primordial de los grandes intereses y su actuación sobre el Estado. Al mismo tiempo el trabajo pinta cuidadosamente todas las implicaciones de los intereses concentrados llevados al plano de lo político. Sin duda se trata de un estudio novedoso que se acerca a una prospectiva de las sociedades avanzadas.

El hecho político más sobresaliente en la sociedad capitalista avanzada en los próximos años, lo constituye el papel del Estado como mitigador de las tensiones que producen la desigualdad política y la desigualdad económica. El Estado se ha propuesto sujetar estas tensiones cada vez más fuertes, en defensa de los grandes intereses privados. Ante estas tensiones los detentadores del poder pueden responder de dos maneras; en primer lugar, proclamar su propia voluntad de reforma

o bien la segunda opción, la represión, o mejor dicho, simultáneamente se busca la reforma y la represión. El camino por recorrer va de la "democracia burguesa" al "autoritarismo conservador", éste último parece, en opinión de Miliband, la forma de gobierno que más probabilidad tiene de imperar en la sociedad capitalista avanzada.

Rafael Santín

Monsiváis, Carlos. *Días de guardar*, Ed. ERA, México, 1970.

*Días de guardar*, es una serie de ensayos escritos por Carlos Monsiváis en los últimos 3 años; algunos de ellos han aparecido en diarios y revistas capitalinas. Ahora, la editorial ERA los integra en un volumen ilustrado con fotografías de Héctor García.

El libro, bien escrito, sobre temas elegidos con gusto, refleja la cultura del escritor y su preocupación por estar al día sobre los acontecimientos nacionales. Uno de los rasgos peculiares de Monsiváis es la cultura cinematográfica que posee, que le sirve para ilustrar con gracia algunas escenas de la vida diaria del pueblo mexicano. Dos escritores mexicanos contemporáneos han influido decisivamente en su estilo: Octavio Paz y Carlos Fuentes.

Monsiváis tiene lugar preponderante en la crítica literaria; el reconocimiento que se le ha dado no es gratuito. Monsiváis está en todas partes: en los lugares donde hay que presenciar y observar a la gente, a las clases sociales, a los grupos, a los hombres que devienen en mito, en las ceremonias, en los días de fiesta y de luto, en las protestas y mitines: en los días que hay que celebrar y los días que hay que guardar...

Su estilo irónico, crítico; su estilo que va adquiriendo significado político, social o cultural tiene el trasfondo del estudio, la observación, el saber informarse, anotar, escribir —escribir y escribir— hasta lograr la propia originalidad. Esos elementos van descubriendo la vocación de trabajo, el talento y la inteligencia del escritor.

Las crónicas y reseñas periodísticas de Monsiváis empiezan —y con ellas su crítica— por la casa propia; dice: "las páginas de sociales son el filo de la navaja de la propaganda clasista: atrae y solivianta, soborna y radicaliza" a la opinión pública. Como se advierte a través de *Días de guardar*, maneja una teoría para interpretar los datos, las observaciones y los documentos —crónicas, reseñas.

La lectura del libro hace recordar días, hechos, sucesos, acontecimientos que la gente pretende olvidar y que, luego, al compás del asombro, cuando se presentan de nuevo, califica de inesperados, de intemporales.

Monsiváis se burla de lo contemporáneo, se burla de lo viejo: de los que trataron de forjar el destino del que hoy es México. Es irreverente ante todo vestigio del héroe y de todos nuestros ancestros heroicos. ¡Porque dejaron de hacer lo que pudieron haber hecho